

La ciencia y las humanidades

José BABINI

La primera dificultad que se presenta en el análisis de la posición de la ciencia frente a las humanidades, o entre ellas, surge de la imprecisión misma de los términos utilizados. Esta imprecisión que conspira contra el planteo del problema, afecta especialmente al término "humanidades" que, con su compañero el término "humanismo", ha adquirido en estos últimos veinticinco años una amplia difusión, a través de diversas y, en general, vagas excepciones, que añadidas a los significados históricos originales de esos términos, han introducido equívocos y confusiones en su empleo.

El término "humanidades", en plural, nace en el ambiente de Cicerón para designar un conjunto de conocimientos de características más bien negativas, pues de ellos se excluían la ciencia y los estudios religiosos. Se trataba de las "letras humanas", por oposición a las letras divinas, y comprendían estudios literarios, históricos y filosóficos. Esas letras clásicas, greco-latinas, resurgen durante el Renacimiento bañadas por el ambiente de cristianismo y catolicidad que imperó en la Edad Media, y la pléyade de hombres que, desde Petrarca a Erasmo, volvieron sus miradas hacia ellas y fueron entonces los humanistas; y el movimiento espiritual de esa época que trató de renovar los modos de expresión y de pensar de la cultura europea tomando como modelo el tipo clásico fue designado a principios del siglo pasado, con el nombre de "humanismo".

Pero los significados históricos de estos términos, sólo conservan hoy la resonancia que les confiere la parcial sintonización de nuestra época con el ambiente histórico que los vio nacer. Por eso preferimos

utilizar la expresión "humanidades clásicas" para referirnos al significado histórico de las humanidades, y entender este último término, en un sentido más amplio y general, como el conjunto de los estudios y conocimientos que tiendan a la formación del hombre como tal, como ser específicamente humano.

Esta acepción formativa, pedagógica de las humanidades supone, claro está, una determinada concepción del hombre; pero para nuestro objeto nos basta ver en él un ser complejo e indefinible, que vive ansioso ir siempre más allá de su propio vivir biológico y persiguiendo, por caminos a veces absurdos y contradictorios, sus sueños: la verdad, el bien, la belleza, Dios. En ese afán de buscar o encontrar la verdad, de sentir o expresar la belleza, de apreciar o hacer el bien, de confiar en Dios o identificarse con El, el hombre vive en una segunda atmósfera, distinta de la natural, que constituye su *habitat* propio y específico: es el mundo de la cultura.

Esta atmósfera cultural es distinta en cada época histórica, pues son distintos en cada época los valores o estructuras de valores que el hombre prefiere. De ahí que la concepción del hombre y, por ende, la de las humanidades de una época determinada, están subordinadas al sistema de preferencias que predominan en su clima cultural. En este sentido, es indudable que nuestro tiempo ha mostrado una marcada preferencia por la ciencia y por la técnica: por la ciencia, que a partir de su renacimiento en la edad moderna, ha logrado un esplendor jamás alcanzado antes; y por la técnica, que ha proporcionado al hombre contemporáneo una nueva manera de ser. Estas preferencias características de nuestra época, sin embargo, no excluyen los restantes sistemas de valores, ni las formas humanas típicas de otras épocas, que el hombre de hoy, en especial el occidental, siente profundamente, pues se sabe heredero de un pasado inevitable. Y en el mundo de hoy, mundo del científico moderno y del *chauffeur* de Keyserling, viven reminiscencias del griego del logos, del jurista romano, del místico medioeval y del humanista del Renacimiento, de manera que el ambiente espiritual de nuestro tiempo "lleva siempre en sí un pueblo en guerra civil", como decía Unamuno al referirse a sí mismo.

Por otra parte, las actividades que el hombre desempeña en la doble atmósfera, natural y cultural, que lo envuelve, no están todas en un mismo plano. Idénticos gestos, tienen distinto valor según el sentido que los anima. El acto de llevar una copa a los labios puede ser el gesto indiferente del que bebe por placer o por costumbre, o el gesto temeroso de quien confía que la bebida le ha de devolver la salud, o el gesto sereno de Sócrates bebiendo la cicuta. Existe una jerarquía en las acciones humanas, que García Morente establece distinguiendo tres especies de ellas: acciones que no son absolutamente humanas, acciones que son relativamente humanas y acciones que son específicamente humanas (1).

Son no humanas las acciones que el hombre realiza en su carácter puramente biológico y fisiológico, vale decir, las que el hombre realiza en virtud de su común naturaleza con los animales; son acciones relativamente humana, aquellas que el hombre realiza para llegar a ser lo que un fin específicamente humano, y, finalmente, son acciones específicamente humanas, aquellas que el hombre realiza para llegar a ser lo que quiere ser y que aún no es.

Y es claro que las humanidades, en el sentido amplio que hemos mencionado, han de referirse a esta última clase de acciones y nada más que a éstas. Se va perfilando así nuestro tema. Si en la orografía cultural de hoy, la ciencia se levanta como uno de sus más altos picos, y si las humanidades se refieren exclusivamente a las acciones específicamente humanas; la inclusión o no de la ciencia entre las humanidades dependerá de la medida en que la peculiar actividad que llamamos ciencia sea o no específicamente humana.

En otras palabras: ¿es la ciencia una exigencia que surge de las entrañas profundas del ser y lleva un fin en sí, o es ella un medio importante, pero eludible, que puede abandonarse, como se deja a la vera del camino el lujoso y veloz automóvil, para dirigirse a pie hacia la meta prefijada?

(1) MANUEL GARCIA MORENTE. *El Cultivo de las humanidades*. Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral. Santa Fe. 1938.

Si las respuestas dadas a esta pregunta hubieran sido concordantes, no habría en realidad problema, sólo nos quedaría exponer los fundamentos de las mismas; pero lo cierto es que esas respuestas fueron contradictorias.

Algunos, por una parte, en vista de la gran importancia de la ciencia para la vida humana, no han vacilado en reconocer la necesidad de ampliar el concepto clásico de humanidades, incluyendo en él, no sólo las letras modernas, sino también la ciencia, preconizando un humanismo renovado, al que se ha bautizado con distintas denominaciones: nuevo humanismo, tercer humanismo, humanismo científico, humanismo integral.

Pero otros, por su parte, impresionados por terribles hechos actuales, opinan lo contrario. Piénsese en estos momentos en que un avión de bombardeo, verdadero prodigio de la ciencia y de la técnica modernas, se lanza al ataque de una ciudad, sembrando entre sus pobladores la destrucción y la muerte; y piénsese, además, cómo, inmediatamente después del ataque, otro prodigio de la ciencia y de la técnica modernas, los servicios de auxilio, se ponen en movimiento para reparar en parte los desastrosos efectos del bombardeo. Ante hecho tan paradójico y otras mortíferas aplicaciones de algunos descubrimientos científicos, así como ante ciertas dolorosas consecuencias de un maquinismo inhumano, que la industria moderna ha puesto de manifiesto, no es de extrañar que esos hombres se hayan opuesto a considerar no sólo la técnica, sino también la ciencia, en un plano humano y excluyeran, por lo tanto, tales actividades del campo de los humanidades. Se ha preconizado así, como salvación, un retorno a las humanidades clásicas integradas con las letras modernas, tal como lo hiciera, por ejemplo, García Morente en el trabajo ya citado.

Ante opiniones tan contradictorias tomaremos, por nuestra parte, posición frente al problema, apuntando previamente algunas consideraciones generales sobre la ciencia, con el fin de delimitar su contorno, especialmente respecto de sus dos territorios limítrofes: la filosofía y la técnica.

Empecemos por considerar que hacer ciencia es siempre crear algo nuevo y que el hombre que hace ciencia, lo hace porque quiere; vale decir, que la actividad científica, como toda actividad cultural, es el resultado de un especial esfuerzo voluntario, seguido de un acto de creación, características ambas de toda acción relativa o específicamente humana. Por lo demás, es fácil comprobar que no es posible dar o encontrar una definición de la ciencia satisfactoria y precisa; y este hecho, característico de las actividades que surgen de lo recóndito del ser humano, es ya sintoma revelador de una acción específicamente humana.

Limitándonos, entonces, a mostrar las notas esenciales de la ciencia, podemos ver en ella un mundo de pensamientos que encierran conocimientos, que, como todo conocimiento, pretenden ser verdaderos y a los que preside un espíritu de crítica y de control. Estas notas generales que convienen no sólo a la ciencia sino también a la filosofía y a la técnica, muestran otro aspecto que vincula la ciencia con el hombre. Nos referimos al espíritu de crítica y de control constantemente presente en ella y que la preserva de toda contaminación de dogmatismo o de fanatismo. (Observemos, de paso, que Thomas Mann, en alguna ocasión, ha encarado la definición del humanismo de hoy como lo contrario al fanatismo) (2).

Dijimos que los conocimientos científicos, como los filosóficos y los técnicos, pretenden ser verdaderos. Si tal pretensión es común, no lo es, en cambio, el modo de verificación objetiva del cumplimiento de la misma, de tal suerte que esos *criterios de verdad*, pueden ser utilizados, a manera de reactivos, para analizar esas distintas ramas de los conocimientos y así distinguir la ciencia de la filosofía y de la técnica, como también separar los grandes sectores científicos.

(2) En unas palabras pronunciadas en el sexto *Entretien*, organizado por el *Institut International de Coopération intellectuelle*, de la Sociedad de las Naciones y celebrado en Budapest en 1936. Las comunicaciones, discursos y discusiones de esa reunión fueron publicadas en *Vers un nouvel humanisme* (Paris, 1937), libro que nos ha ofrecido un abundante material para el presente trabajo.

Todo sistema de conocimientos ha de ser coherente y no contradictorio, pero en el sector de las ciencias formales: matemática, lógica, esa condición necesaria, es también suficiente y la *coherencia* constituye su propio criterio de verdad; mientras que el extenso sector de la ciencia natural, por el control experimental y su peculiar vinculación con el mundo exterior, exige un criterio de verdad especial, que es un criterio *copia* o *modelo*. Por su parte en la filosofía, donde preside un afán de comprensión y de totalidad, el criterio de verdad es totalmente distinto a los anteriores; es el criterio *sentido*, mientras que en la técnica, de finalidad pragmática y utilitaria, rige, como criterio de verdad, el criterio *éxito*. Finalmente, en las ciencias del espíritu: historia, sociología, lingüística, psicología, que reflejan actividades humanas que abarcan la totalidad de determinado aspecto de la realidad, rige un criterio de verdad mixto: *modelo* y *sentido*.

Esta clasificación basada en los criterios de verdad y que sin duda es excesivamente escueta, rígida y esquemática, nos permite, sin embargo, no sólo distinguir la ciencia de la filosofía y de la técnica, sino también adelantar algunas conclusiones en nuestro análisis de la ciencia y las humanidades. Por lo pronto podemos eliminar de este análisis la filosofía y las ciencias del espíritu, cuyos conocimientos, por identidad o parentesco, encuadran en el marco de las humanidades clásicas. Precisamente ese afán de totalidad que anima a esos conocimientos, fue el que permitió, en la antigüedad, conferirles finalidades ética y estética, que hizo de las humanidades clásicas "las bellas letras", por el valor de su expresión artística, y una exposición de normas de conducta, modelos y vidas ejemplares, por el halo ético que de ellas surgía.

Nos quedan, pues, las ciencias formales, la ciencia natural y, eventualmente, la técnica. Dejemos por ahora esta última, y consideremos que en aquellas ciencias, por su finalidad puramente cognoscitiva, la verdad de sus pensamientos, se nos presenta en una forma más clara y limpia que en cualquier otro sector de los conocimientos. En especial, esto

ocurre en la matemática, donde, por la sencillez de sus objetos y la desvinculación de éstos del mundo exterior, las verdades se nos muestran en su máxima desnudez.

En este hecho de ser aquellas ciencias portadoras de la verdad en su forma más pura, reside, a nuestro modo de ver, el argumento más importante a favor de su incorporación a las humanidades, pues si el hombre como ser que anhela el bien y la belleza, ha satisfecho y satisface esos anhelos con las humanidades clásicas y las letras modernas, como ser sediento de verdad, encontrará en esas ciencias la fuente más adecuada para apagar esa sed.

La objetividad de esas ciencias; el predominio en ellas, a veces exclusivo, de los valores lógicos; la característica independencia de estos valores del tiempo y del espacio que los distingue de los valores éticos y estéticos más plásticos y cuya apreciación está más sujeta a los factores temporales y especiales, son otras tantas cualidades de esas ciencias, que el hombre sólo puede reconocer a través de ellas.

Y esas cualidades, a pesar de su neutralidad e independencia, no indiferencia, frente a otros aspectos de la realidad, son las que confieren a los conceptos, por abstractos que sean, el interés y la vida de todo lo esencialmente humano:

Concepto mondo y lirondo
suele ser cáscara hueca;
puede ser caldera al rojo.

(De los *Proverbios y Cantares*, de ANTONIO MACHADO)

Las ciencias, formal y natural, completan el cuadro de las humanidades, al lado de las humanidades clásicas y las letras modernas, también desde otro punto de vista. Consideremos que el hombre en su vida cotidiana, adviértalo o no, vive en una atmósfera impregnada de pensamientos y que este mundo de pensamientos lleva en sí un doble cortejo: el de las palabras y el de las significaciones; de tal modo que podría decirse que las disciplinas científicas más próximas al hombre en el sentido de que nada se interpone entre los objetos de aquellas y él, son la

lingüística y la lógica. (Habría que agregar, además, la matemática).

En este carácter del lenguaje, como expresión directa del espíritu humano, se han fundado los humanistas para sostener el alto valor de las humanidades clásicas, teniendo presente el papel destacado del lenguaje en los pensamientos que las componen. Pero así como en esos pensamientos predomina el sector lingüístico, en los pensamientos científicos predomina el sector lógico y con igual criterio anterior debe sostenerse el alto valor de la ciencia para el hombre.

Esta integración de la ciencia con las humanidades clásicas no es nueva en la historia: podemos verla en el mundo griego, cuando el pensamiento científico nace en simbiosis con la filosofía; en el mundo romano, cuando el concepto de humanistas nace como primera síntesis del orden racional griego con el orden jurídico romano; en la edad moderna, cuando al humanismo naciente sigue el renacimiento y surgimiento de disciplinas científicas. Además, en grandes figuras humanas se han reunido el espíritu de fineza de las humanidades clásicas con el espíritu geométrico de la ciencia: Aristóteles, que funda la lógica y la ciencia natural, escribe sobre ética y sobre política; Leonardo, maestro en el arte entendido en el doble sentido de valor estético y de función técnica; Leibnitz, filósofo y matemático; Spinoza, que redacta la ética *more geometrico*; Goethe, humanista típico, que estudia y analiza problemas biológicos. Por último, consideremos que esa integración se pone de manifiesto en la ilusoria pretensión de polarizar todos los conocimientos en humanidades clásicas y ciencias; tomemos, como único ejemplo, la geografía, que por una de sus laderas: geografía física, es una ciencia natural y por la otra ladera: geografía humana, es una ciencia del hombre.

Veamos ahora los argumentos que se esgrimen para oponerse al ingreso de la ciencia en el templo de las humanidades. Uno de estos argumentos se refiere exclusivamente a la ciencia natural, que muchos erróneamente toman como la ciencia por antonomasia, y se funda en sus vinculaciones con la técnica y en las inhumanas aplicaciones de ésta. Ese

argumento reza: La ciencia (natural) es una consecuencia del racionalismo cartesiano y ha resultado del análisis y descomposición, en sus partes simples, del mundo exterior al hombre. Al estudiar esas partes con la ayuda de la matemática se han encontrado las llamadas leyes naturales, independientes de todo acto humano y que se cumplen causal e inexorablemente. Manejando convenientemente esas leyes, se han deducido aplicaciones prácticas, que constituyen la técnica, que resulta así ser una hija de la ciencia. (Hay autores que hablan de filiación en el sentido biológico, con el propósito evidente de achacar a los padres los pecados de los hijos). Concebidas así la ciencia (natural) y la técnica, claro es que nada tienen que ver con el hombre como tal y que entonces sólo pueden constituir acciones relativamente humanas y por ende no deben considerarse como integrantes de las humanidades.

Aparte de referirse este argumento solamente a la ciencia natural y que no podría, por ejemplo, extenderse a la matemática, lleva él encerrados, a nuestro modo de ver, algunos equívocos que es necesario poner de relieve. En primer lugar, la ciencia (natural) no estudia simplemente los objetos que residen en el mundo exterior al hombre y sus relaciones mutuas, sino superpone a esos objetos naturales una estructura teórica que es la que, en propiedad, constituye la ciencia. Es esta estructura teórica, ideal, la que imprime a la ciencia su tónica fundamental, pues ella es cultura, no "natura". Tal carácter cultural otorga signo de humanidad a la ciencia, pues es el que lleva consigo el potencial humano de que se nutre la creación científica y las exigencias interiores que impulsan al hombre a hacer ciencia. Así, por ejemplo, Cassirer muestra en un trabajo reciente (3) como Galilei, en su obra, introduce la noción de la revelación por la "naturaleza", en lugar de la revelación por el "Verbo divino", característica del pensamiento escolástico y teológico.

Por otro lado, ni la ciencia (natural) ni la técnica, son creaciones modernas, ni entre ellas existe una interdependencia absoluta. Ellas pue-

(3) E. CASSIRER. *Wahrheitsbegriff und Wahrheitsproblem bei Galilei*, en *Scintia*. LXII, 1937, p. 121 y p. 185.

den vivir, y de hecho han vivido, sin mostrar una conexión directa y ha sido precisamente uno de los descubrimientos del hombre moderno establecer esa conexión. La ciencia (natural) y la técnica fueron como dos vidas paralelas que bajo un clima histórico propicio, se fundieron en un abrazo tan estrecho que hizo verosímil una identificación o filiación entre ambas.

La ciencia (natural) nace con el pensamiento científico antiguo: los fundamentos científicos del estudio de la naturaleza se encuentran en Aristóteles y su escuela, la astronomía es sistematizada por Tolomeo sobre la base de las observaciones de los astrólogos orientales y astrónomos griegos, y algunos capítulos de la física se desarrollaron científicamente, como la Óptica geométrica debida a Euclides y la Estática e Hidrostática, debidas a Arquímedes.

Por su parte es indudable que no se puede negar una técnica, y aun bastante avanzada, a la antigüedad mediterránea que ha visto erigir pirámides, cultivar la tierra, levantar templos, construir acueductos, ingeniar aparatos de guerra, trabajar los metales, fabricar ungüentos, licores y perfumes y practicar el arte de curar en una forma tan notable, que aún hoy nos asombran los escritos hipocráticos y galénicos.

Pero lo que importa señalar es que esa ciencia y esa técnica permanecieron desconectadas por el hombre antiguo, quien no mostró interés por las aplicaciones de la ciencia, ni por la experimentación en el sentido en que hoy es ésta concebida; mientras, por otra parte, utilizó recursos técnicos cuyos fundamentos científicos le eran absolutamente desconocidos. Así, entre los maravillosos artificios de Herón se encuentra, dos milenios antes de los principios de la termodinámica, un ingenioso dispositivo, mediante el cual, al encenderse el fuego sagrado en el altar del dios y gracias a un juego de evaporación y condensación de líquido, actuaba un mecanismo que, ante los ojos atónitos de los creyentes, abría las puertas del templo, las que, naturalmente, volvían a cerrarse cuando el fuego se apagaba.

Por último, achacar a la ciencia natural y a la técnica el uso inhumano que el hombre hace de ellas, es como culpar a las letras y a la

psicología por los desastrosos efectos de una malintencionada propaganda dirigida, escrita o hablada. Ambas cosas son inadmisibles y absurdas.

Argumentos de otra índole, para excluir la ciencia de las humanidades, son los que agrega García Morente en el trabajo ya citado, al pretender que ni la ciencia (natural) ni la técnica cumplen con los criterios que distinguen las acciones específicamente humanas de las que no lo son. El primer criterio que establece es que esas acciones han de ser absolutas en el sentido de encerrar una finalidad en sí mismas. En tal caso no vemos como pueda mostrarse que la ciencia cumple tal criterio. Si se trata de su elemento esencial: la verdad, es evidente que es tan absoluto el valor moral de un gesto de bondad, como la belleza de una obra de arte y la verdad de un teorema matemático. Si en cambio se trata del carácter de las verdades de la ciencia (natural), afirmando que son de vida efímera, debe tenerse en cuenta que lo efímero es el enunciado de las hipótesis básicas, pues desde el punto de vista de la coherencia lógica, tan verdaderas son la teoría geocéntrica como la heliocéntrica; la teoría del flogisto, como la de la oxidación; la teoría newtoniana de la gravitación, como la einsteiniana del espacio curvo. Lo que ocurre es que los modelos que se forjan con esas distintas teorías, son en un caso más ventajosos que en otros. Y si, por último, consideramos la finalidad de la ciencia, un examen de la misma comprueba cómo ella no pretende servir a otro fin que a sí misma, como toda actividad desinteresada del hombre. No sólo se comprueba este hecho en la matemática, ya considerada por todos como incurable y magníficamente inútil, sino también en la ciencia natural, cuyos problemas actuales: estructura del universo, física interna del átomo, teorías biológicas, son de naturaleza tal, que su única finalidad es la construcción teórica en sí y que, aunque sea aventurado, puede asegurarse que no encontrarán aplicación alguna.

El segundo criterio que establece García Morente es "la salvación", entendiéndose con esto decir que las acciones específicamente humanas se

caracterizan por ser aquellas que el hombre quisiera estar realizando eternamente por ser las más adecuadas a su espíritu y por ser lo mejor que se puede hacer. Respecto de esto, sólo diremos que la verdad, como el bien y la belleza, es uno de los eternos anhelos del hombre y que, justificado o no, arrastrado o no por una propaganda publicitaria interesada, el hombre de hoy muestra un desmedido afán por la ciencia y por la técnica. Está aún fresco en nuestra memoria el recuerdo de las épocas en que se habló de la religión de la ciencia y en nuestros oídos resuenan todavía las voces que hablan de maquinismo y de tecnocracia.

El tercer criterio es el estilo. Según García Morente las acciones específicamente humanas tienen estilo, como la huella indeleble que la personalidad creadora imprime a su obra, pero que la ciencia, por su objetividad, no tiene estilo. No creemos que el estilo, concepto bastante difícil de precisar, pueda servir de piedra de toque para eliminar la ciencia de las humanidades. Sólo, a este respecto, citaremos un interesante estudio (4) en que se llega, si no a una conclusión opuesta, por lo menos a una muy distinta de la de García Morente. Se llega a esa conclusión planteándonos esta pregunta, aparentemente grotesca: ¿De cuántas maneras se pudo escribir "La Divina Comedia" y de cuántas maneras se puede escribir un tratado de Electricidad? La respuesta, implícita en la forma de la pregunta, es obvia: "La Divina Comedia" sólo pudo escribirse de la única manera en que la escribió Alighieri, sin una letra más ni una coma menos; en cambio un tratado de Electricidad puede escribirse de múltiples maneras, en distintos idiomas y el mismo autor en diferentes ediciones puede hacer agregados y modificaciones sin alterar absolutamente su contenido científico. En esta posibilidad de existencia de frases equivalentes y en esta multiplicidad de formas de expresar idénticos conceptos, ve Servien una característica del lenguaje científico y como una de sus propiedades observa que es en este sector del lenguaje, y sólo en él, donde se presentan problemas de estilo. Como vemos, la conclusión es bastante distinta a la de García Morente.

(4) PIUS SERVIEN, *Le langage des sciences*. (Herman & Cie.) Paris, 1938.

En definitiva: si las humanidades han de contribuir a hacer del hombre lo que quiere ser y no es, entendemos que ellas han de comprender, además de la filosofía, la historia y las letras, las disciplinas científicas y hasta la técnica, consideradas aquellas en su aspecto teórico y esta última como creación humana, excluyendo entonces de las ciencias sus aplicaciones prácticas y de la técnica su afán utilitario.

Concebidas así las humanidades, sin exageraciones unilaterales a favor de las letras o de las ciencias, del espíritu estético o del espíritu lógico, se establecerá un armonioso equilibrio entre las distintas actividades del hombre y se cumplirá de ese modo una de las finalidades esenciales en toda formación humana.

Parafraseando una hermosa imagen de Bergson, podemos decir que la cultura es como una prolongación del hombre, como un segundo cuerpo que él se construye para vivir y para soñar, y que en el hombre contemporáneo ese cuerpo ha crecido irregularmente: como largos brazos y grandes manos, la ciencia y la técnica han aumentado desmesuradamente, mientras el sentido moral, corazón y alma de ese cuerpo, no ha crecido en la misma medida y ante tan enorme cuerpo ha resultado débil para gobernarlo. El remedio no está en mutilar el cuerpo sino en ensanchar el corazón y hacer que el alma inunde todo el organismo. Cuando el sentido moral, valor supremo en el hombre, sin desnaturalizar ni deformar la ciencia y la técnica, hayan impregnado con su calor las aplicaciones científicas y los progresos técnicos, las humanidades habrían cumplido con su misión.

Hablar hoy de humanidades, en momentos en que gran parte del mundo y en especial las naciones madres de nuestra cultura, están empeñadas en una lucha inhumana y feroz, podría parecer, por lo menos, inoportuno. Pero una razón, que es a la vez una esperanza, nos justifica: somos americanos.

(Especial para UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA).

Santa Fe, (Rep. Argentina), 1941.